

Teresa y la primera errata

Jorge Comensal



TERESA DE LA VEGA, PSICOANALISTA, recibía pacientes en el estudio de su casa, al que se entraba por una puerta independiente que daba al exterior. Tenía cincuenta y ocho años, y había vivido los últimos catorce sin glándulas mamarias ni pezones. Su mirada acuosa y penetrante era la de quien ha gozado los frutos de la belleza y de la inteligencia, pero no de la felicidad. Su único matrimonio, contraído treinta años atrás, había terminado a los dieciocho meses debido a las neurosis narcisistas de su esposo y al romance de Teresa con un psiquiatra mucho más eminente y guapo que aquel. Ella nunca tuvo hijos.

Teresa sintió la enfermedad gracias al masaje grosero que un amante inexperto ejerció sobre su pecho una noche de viernes. Después del coito, ella entró al baño con el pretexto de necesitar una ducha nocturna, palpó los pequeños bultos alrededor de sus pezones, y supo que la historia comenzaba a repetirse, pues su madre había padecido cáncer de mama muchos años atrás. Su temor era tan grande que, en lugar de acecharlo con frecuentes exploraciones y mastografías, siempre había evitado el contacto íntimo de sus manos y su pecho. Sin embargo, nunca había previsto que un hombre circunstancial la tocaría con manos de panadero vietnamita bajo las sábanas.

Una vez atrapada contra la realidad, creyó entender lo que pasaba, pero no: para entender hubiera sido necesario recordar la historia del pueblo judío.¹

¹ “Pero tú eres el que me sacó del vientre; el que me hizo estar confiado desde que estaba a los pechos de mi madre.” Salmos 22, 9.

Comenzó entre los pastores que vagaban alrededor del río Jordán tres mil años antes de Teresa. Entre ellos, algunos líderes valientes se irguieron como reyes de Israel y de Judá. En esa región de Palestina vivió, acaso de manera muy discreta, como pastor o alfarero, como esposa o concubina, el remoto antepasado de Teresa en el que sucedió la mutación fundacional. Acaso fue durante el segundo periodo de los Reyes, durante el reinado de Amasías en Judá o de Jeroboam II en Israel.

Tal vez.

En algún momento del día o la noche, mientras la madre descansaba sobre una estera después de concebirlo, o mientras el padre esquilaba a sus corderos, rezaba en el Templo o avanzaba hacia el pozo para sacar el agua del día, una de sus células germinales comenzó su proceso de replicación. Durante ocho horas, la célula copió pacientemente todo su instructivo de vida, su ADN, y allí se resbaló una errata semejante a la que hubiera sucedido si al amanuense del Éxodo se le hubiera olvidado escribir el “No” del capítulo 20, versículo 13, y el Mandamiento estipulara “Matarás”.²

La probabilidad de que esta equivocación persistiera era mínima, pues la célula humana cuenta con diversos ardides para reparar los errores de copiado y, en caso de no poder reivindicarse, la célula rebelde está programada para matarse a sí misma en un suicidio altruista llamado apoptosis. Alrededor de 1970, James Cormack, profesor de lengua griega en la Universidad de Aberdeen, sugirió el término a los tres investigadores que describieron el proceso en un famoso artículo de 1972.³ Apoptosis: la voz griega de los árboles al deshacerse de sus hojas cuando llega el otoño. Pero en aquella replicación histórica de Palestina, las hojas del

árbol no cayeron y su sombra, cada vez más generosa, aún persiste. La errata sucedió precisamente en un versículo dedicado a enmendar errores, en un gen cuya instrucción se desenvuelve en una proteína reparadora del código genético dañado; sin los trabajos de esta molécula, las células defectuosas proliferan con facilidad en regiones de frecuente renovación tisular como los ductos de las glándulas mamarias y la pared del útero. Basta el paso del azar y el tiempo para que nazca una hija que se repita y desenfrene sin parar.

El gen involucrado se denomina BRCA1, y es un modesto corrector de estilo cuyo domicilio, a la hora de la duplicación, está en el brazo más largo del cromosoma 17. BRCA1 es un largo párrafo del código, y en la mutación primera que sucedió en Judá, se perdieron para siempre dos bases nitrogenadas, adenina y guanina, colocadas en el número 185 del farragoso gen. Sólo dos: esa sencilla ausencia bastó para arruinar el texto: dos moléculas perdidas en cada célula de un judío inocente que nació, vivió y se reprodujo, y cientos de años después, una mujer en México, Teresa, encontró que sus pezones, a pesar de estar calmados bajo el agua tibia de la ducha, no se dejaban sumergir en las areolas.

La versión mutante de BRCA1 puede ser el pecado original del que fue librada María, hija de Ana y Joaquín.⁴ Y entre las muchas mutaciones que este gen ha sufrido a lo largo de la historia, está la denominada 185delAG, que ocurrió en los adentros de un remoto palestino antes de que Nabucodonosor II arrasara Jerusalén en el año 586 antes de la era nazarena. Cuando esta tragedia sucedió, ya abundaban los descendientes del antepasado fundador, y algunos de ellos, mujeres que después de procrear enfermarían, llevaron al

² Bar-Sade R.B., Kruglikova A., Modan B., Gak E., Hirsh-Yechezkel G., Theodor L., Novikov I., Gershoni-Baruch R., Risel S., Papa M.Z., Ben-Baruch G. and Friedman E., (1998). “The 185delAG BRCA1 mutation originated before the dispersion of Jews in the diaspora and is not limited to Ashkenazim”, *Human Molecular Genetics*, 5: 801-805.

³ Kerr, J. F. R., Wyllie, A. H. y Currie, A. R. “Apoptosis: A Basic Biological Phenomenon with Wide-ranging Implications in Tissue Kinetics”, (1972) *British Journal of Cancer*, 26(4): 239-257.

⁴ La Inmaculada Concepción de María fue un dogma proclamado el 8 de diciembre de 1854 en la bula *Ineffabilis Deus*, avalada por Pío IX: “Declaramus, pronuntiamus et definimus doctrinam quae tenet beatissimam Virginem Mariam in primo instanti suae conceptionis fuisse singulari Omnipotentis Dei gratia et privilegio, intuitu meritorum Christi Jesu Salvatoris humani generis, ab omni originalis culpae labe praeservatam immunem, esse a Deo revelatam, atque idcirco ab omnibus fidelibus firmiter constanterque credendam.”

exilio babilónico sus células mutantes, y una diáspora tras otra ocuparon también Irán, África y Europa.⁵ Si se busca entre los sefaradíes del Mar Egeo o entre los asquenazíes, dispersos por las calles de Florida y Nueva York, se encontrará el gen arruinado en por lo menos uno de cada cien de los paseantes sabatinos.

La selección natural nunca pudo podar esta mutación, pues el cáncer conoce la paciencia y suele llegar cuando sus víctimas ya se han reproducido.

Alrededor de mil años después de la primera diáspora, algunos judíos llevaron la mutación 185delAG de BRCA1 a una tierra de sol donde los godos comenzaban a instaurar su reino. Por un error en la interpretación del Libro de Abdías, la llamaron Sefarad. En ella establecieron comunidades independientes entre los rubios germanos y los nativos iberos. Los hebreos, siempre capaces de prodigiosas metamorfosis en su comportamiento, aprendieron a convivir con los moros que dominaron la península e inauguraron luminosos califatos. Entre ellos, los judíos realizaban toda clase de oficios urbanos, y sus talentos financieros les dieron fortuna y prestigio entre los monarcas primitivos de Castilla.

Al sabio poeta Sem Tob de Carrión le tocó vivir el principio del antisemitismo en el siglo XIV. Allegado al rey Alfonso XI y a su hijo Pedro, Tob escribió unos *Proverbios morales* que comienzan diciendo: “Pues trabajo me mengua donde pueda haber pro, diré, de mi lengua, algo de mi saber. Si no es lo que yo quiero, quiera yo lo que es: si pesar he primero, placer habré después”.⁶ Este sencillo elogio de la adaptación fue lo que los mantuvo vivos y juntos, miles de años, a pesar de Aushwitz y Babilonia, al margen de las demás stirpes, decantando con resignación cada uno de los pecados

originales de la mucopolidosis IV, la fibrosis quística, las enfermedades de Gaucher y de Tay-Sachs, entre otras.⁷

Las luchas entre Pedro I y su hermano Enrique, afectaron la posición privilegiada de los judíos en Castilla, y ese pequeño lunar histórico culminó con el tumor de su expulsión en 1492.⁸ La saña inquisitorial contra los *marranos* hizo que muchos judíos apegados a España se convirtieran al cristianismo para evitar los despojos y la hoguera, a pesar de que muchas veces intentaron conservar su tradición entre las sombras.

Un ancestro de Teresa no se fue. Tibio en sus creencias, práctico en sus acciones, amante de su tierra natal, se volvió cristiano, adoptó un apellido sencillo, Sánchez, López o Herrero, y permaneció. Tal vez hubo en la familia de ese converso una mujer desgraciada. Habitante de un pueblo hermoso, Cañete o San Millán, bañado por un río manso y vigilado desde una colina por un castillo, esa mujer pudo haber sido Lorenza, madre de muchos hijos, esposa de Manuel. Cerca de cumplir las siete décadas, Lorenza comenzó a sentir dolores en la punta cabizbaja de las tetas, pero no se lo dijo a nadie. Tras varias semanas de molestias en aumento, visitó a una vieja de mala fama, Herminia Tavares, reputada de bruja y hechicera, y le pidió un remedio para esas duras bolillas bajo el pezón. Para ese momento, los tumores ya habían hecho metástasis al cerebro de Lorenza. Herminia le preparó, a cambio de tres maravedís por dosis, un ensalmo de hierbas para chupar malos humores, y le sugirió que se dejara los pechos al aire en las noches de luna, para que Diana los purgara con su luz.

Lorenza, llena de miedo, siguió puntualmente las indicaciones de la bruja hasta el día en que las jaquecas la volvieron loca. Con los pechos supurando

⁵ “Yahvé es mi pastor; nada me faltará. En lugares de delicados pastos me hará descansar. Junto a aguas de reposo me pastoreará.” Salmos 23, vv. 1, 2.

⁶ Según la edición *Proverbios morales del rabbi don Sem Tob en Poetas castellanos anteriores al siglo XV*, Madrid, M. Rivadeneyra, 1864, p. 333.

⁷ Díez O., Osorio A., Robledo M., Barroso A., Domènech M., Cortés J., Albertos J., Sanz J., Brunet J., SanRomán J.M., Alonso M.C., Baiget M. y J. Benítez, “Prevalence of BRCA1 and BRCA2 Jewish mutations in Spanish breast cancer patients”, *British Journal of Cancer* (1999) 79(7/8), 1302–1303.

⁸ “Cansado estoy de llamar; mi garganta se ha enronquecido. Han desfallado mis ojos esperando a mi Dios.” Salmos 69, v. 3.

un líquido amarillo y maloliente, pasaría los días pidiendo compasión a gritos, buscando, entre la paja de su cama, un cuchillo para acabar. Su marido buscó al cura del pueblo para pedirle ayuda con su mujer, pero el sacerdote, consciente del fresco pasado converso de la familia Sánchez, supondría que un demonio la habitaba, y se negaría a ayudarlos. Para calmar los delirios de Lorenza, la bruja Herminia prepararía una fuerte mezcla de belladona, menta, y adormidera. Con altas dosis de ese menjurje, que costaba diez maravedís, Lorenza encontraría algunos ratos de paz antes de morir.

Despreciados por el resto de la comunidad, Manuel y sus hijos la llevarían a sepultar bajo un álamo lejos del cementerio parroquial. Apesadumbrados por el amor a Lorenza y la creencia de que, en efecto, un demonio la poseyó hasta consumirla, no se atrevieron a llorar, y la enterraron envuelta en un sudario, tocada nada más por las mujeres, según la tradición.

Uno de los hijos de Lorenza pudo haberse llamado Simón. Triste por la muerte de su madre y marginado por el desprecio de Cañete, que antaño fue habitado por otras familias que huyeron a las costas búlgaras, decidió marcharse también, pero no hacia Levante sino hacia Poniente, a las Indias Occidentales. Dejó a su padre y hermanos, y con una bolsa de monedas partió rumbo a Sevilla para buscar la oportunidad de embarcarse al Nuevo Mundo.

Por fin, Simón encontró lugar en una flota que partió, con escalas en el puerto canario de Las Palmas, y en la isla de Cuba, hacia Nueva España, donde el oro y la plata, según había escuchado Simón en los mesones de Sevilla, brotaban de la tierra como el sudor del hortelano al mediodía.

Pasó cuarenta días en altamar, con algunas fiebres y muchas hambres. Su consuelo era tirarse bajo las velas, mirar cómo las meneaba el aire, y pensar que las Indias tal vez perdonarían su sangre de cristiano nuevo y lo dejarían vivir, prosperar, hacer riqueza y volver a Cañete con las alforjas llenas de oro. Además de la esperanza y por debajo de la capa, sayo y calzas, llevaba

dos testículos repletos de espermatozoides. Alguno de esos traviesos llevaría, gracias a su cola nerviosa y su membrana de sabueso, el genoma equivocado hasta el óvulo de alguna moza que en la ciudad de México no lo rechazó. En esa mujer humilde, hija de algún otro cristiano joven, el gen mutante empezaría su camino de amores y partos por las trece generaciones que precedieron a Teresa.

Cuando llegó su día, ella no se molestó en cumplir el trámite vacío de consultar a su ginecólogo. Buscó en la agenda el número del médico que había tratado a su madre durante la enfermedad y llamó para hacer una cita. La mastografía fue clara: seis carcinomas discretos habían nacido en las paredes de los ductos mamarios de Teresa, que durante demasiados ciclos de inundación estrogénica habían sufrido la renovación menstrual de sus células epiteliales.

Teresa, fruto de cien generaciones, perdió los senos, padeció la terapia, y sobrevivió. Comenzó a recibir en su consulta a algunas mujeres que había conocido durante el tratamiento, y a partir de entonces se corrió la voz, que terminó por hacerse verdad, de que ella se dedicaba a dar psicoterapia a mujeres con cáncer, a las que una doctora con experiencias semejantes a las suyas les daba confianza y comodidad. Después empezaron a llegar los hombres, y el espectro de sus pacientes se amplió hasta contener casos tan diversos como leucemias infantiles e hipocondrías detonadas por la serie *Dr. House*. Tratando de asimilar la magnitud de su desgracia, la mayoría de los pacientes se preguntaba “¿Por qué a mí?”, pero Teresa, que muchos años antes había tirado esa pregunta a la basura, los trataba de llevar por otro rumbo, hasta el sótano de los deseos insatisfechos que alimentan el temor a perecer. ■■■

